

rarla de sus santas creencias, tratando de seducir su corazón con lisonjeras promesas; pero la santa virgen cuya fé estaba sostenida por una invencible fortaleza, rechazó las sugerencias y ofertas de Paterno, como correspondia á la enérgica fé cristiana de que se hallaba poseida.

El altivo prefecto creyéndose ajado en su alta dignidad, ocultó su furor reconcentrado con aparente templanza, y entregó la pura doncella á los verdugos, que la hicieron sufrir el horrible tormento del eculeo.

Los labios de la invicta confesora no exhalaban sin embargo un solo gemido de dolor, fija su vista en el cielo; y como á pesar del terrible tormento conservase la vida, fué arrojada en un estrecho y horrible calabozo, donde abandonada y espirante, esperaba Paterno que renunciase á su creencia.

Vano empeño: el martirio habia lacerado su cuerpo, pero nada era bastante á abatir la fortaleza de su espíritu.

Todavía el altivo romano intentó hacer una última prueba para atraerse aquella alma inquebrantable en su fé. Ofreció á Marta deslumbrantes riquezas, elevada gerarquía, curar cuidadosamente sus heridas, y hasta la promesa de enlazarla á su hijo; pero como todas las grandezas humanas son polvo miserable para quien ama, cree y espera en Dios, Marta rechazó indignada semejantes ofertas, que si podian satisfacer la vanidad de una muger, no alcanzaban ni siquiera á inclinar la aspiracion de una mártir. Consagrada á Dios, en defensa de su fé debia morir.

Paterno, ciego por la soberbia, irritado por la inutilidad de sus esfuerzos, ordenó que Marta fuese decapitada y arrojado su cuerpo á un lugar inmundo. Los verdugos cumplieron su horrible mision, y quedó consumado el martirio de la cristiana virgen, que celebra la Iglesia el 23 de Febrero.

La piedad de una notable matrona hizo extraer los venerandos restos de la mártir del lugar donde fueron arrojados, dándoles como justo tributo á su memoria digna, aunque modesta sepultura.

ELIA FLACILLA.

Hemos llegado por fortuna al dia, en que fatigado el espíritu de narrar los horribles martirios de las Santas mugeres, que dieron con su sangre eterno testimonio de su creencia, repose complacido al enumerar las virtudes de otra célebre española, que ayudó con las incontrastables armas de la ternura, de la piedad y del amor, á conquistar para su imperial esposo el epíteto de «grande» con que le distingue la historia.

Concedida por Constantino, paz y seguridad á la Religion del Crucificado, cesaron los tormentos y persecuciones, pudiendo gozar la iglesia el fruto de su largo martirio; al ver agrupados bajo la blanca bandera de la fé, no solo á la mayor parte de los pueblos que entonces poblaban el mundo, sujetos á las poderosas armas romanas, sino tambien á algunos de los que saliendo de los bosques de la Germania, amenazaban destruir el orgulloso imperio.

Pero si el cristianismo triunfante cumplia de esta manera la civilizadora y santa mision que su divino autor le confiara, el pueblo que en su loco orgullo aspiraba á la dominacion universal, sentia muy de cerca los rudos cantos de guerra de los hijos del Norte, que arrastrados providencialmente sobre Roma habian de cambiar la faz del mundo.

Corria, fecunda en graves acontecimientos para los descendientes de Rómulo, la segunda mitad del siglo IV de nuestra era. Graciano, jóven apenas de diez y nueve años, ocupaba el trono imperial cuando

bien pronto conoció que eran muy débiles sus hombros para sostener el peso de aquel poderoso Estado, que marchando rápidamente á su ruina, necesitaba una mano poderosa que lo contuviera.

Las victoriosas legiones romanas acababan de sufrir una terrible derrota en las llanuras de Andrianópolis; las rudas armas de los godos habian abatido el orgulloso poder de los guerreros imperiales, hasta el punto de que esclamase un capitán de los vencedores: Estoy cansado de matanza, y me maravilla que un pueblo, que huye delante de nosotros como un rebaño de ovejas, se atreva aun á disputarnos el poder y las provincias.

Un millon de godos ensoberbecidos con su victoria amenazaban el vacilante trono de los Césares, mientras los germanos se preparaban á caer sobre las Gálias, y los persas y los escoceses en los extremos de aquel mundo dominado por la conquista, se agitaban ganosos de venganza, conociendo ya que el gran coloso no era invencible y que podian con union y perseverancia cobrarse en un día de victoria, tantos siglos de opresion y de servidumbre.

El nuevo emperador comprendiendo toda la gravedad del mal y necesitando contener tantos elementos reunidos y concitados contra el imperio, resolvió elegir un compañero de su autoridad suprema, en el cual se adunasen todas las prendas necesarias para dominar la gravedad de los acontecimientos.

Retirado á la pacífica vida del hogar y de la familia en un vasto patrimonio, que heredado de sus padres poseia en la antigua Cauca¹ veia deslizarse tranquilamente su existencia un modesto hijo de nuestra patria que educado por su padre como cumplia á su alta posicion militar, se manifestó desde el principio digno sucesor del que llevó las armas de Valentiniano á triunfar en el Asia y en la Bretaña, y á quien la ruin envidia cortesana quitó primero todos sus empleos y despues la vida.

Llevando el mismo nombre, que el esforzado capitán á quien debia

¹ Hoy Coca entre Segovia y Valladolid.

la existencia, el jóven Teodosio tuvo bien pronto ocasiones en que manifestar las altas prendas que le adornaban, en las guerras que sostenia el imperio; y enviado á gobernar la Mesia, la libró de los sármatas, empresa gloriosa que no fué bastante á libertarle de la envidia de la Corte. Teodosio tranquilo con el testimonio de su conciencia se retiró, á la muerte de su padre, de la vida pública, y consagró su tranquila existencia á los puros goces del hogar doméstico.

Compañera digna del vencedor ilustre de los sármatas, é hija tambien, como este, de España, Elia Flacilla llenaba con su amor conyugal el corazon de Teodosio, y le ofrecia con las tiernas caricias de sus hijos Arcadio, Honorio y Purqueria tranquilas y dulces esperanzas para lo porvenir.

La eleccion de Graciano fijóse en aquel Cincinato de la Roma decrepita; y llamándole primero á pelear en defensa del imperio, despues á participar del trono, no pensó tanto en engrandecer á Teodosio como en engrandecerse á sí mismo y engrandecer á Roma. En almas vulgares y de menos sólida virtud que la de Teodosio, el recuerdo de las decepciones pasadas hubiera triunfado del amor patrio; pero Teodosio escuchando la voz de la virtud y no la del rencor, pospuso el bien público á la venganza privada y acudió al llamamiento de Graciano, inspirando su sola presencia la esperanza en el ánimo del abatido pueblo.

Acababa de cumplir treinta y tres años, y su varonil belleza, su afable magestad y la fama de sus virtudes elevaron el espíritu de la multitud á los felices tiempos de Trajano y Adriano, recordando que Teodosio habia nacido en la misma patria que aquellos emperadores.

Encargado Teodosio de las provincias que habia gobernado Valente, y ademas de la Dacia y la Macedonia, estableciendo sus cuarteles entre Salónica desde donde podria observar á los bárbaros y dirigir las operaciones de sus generales, reforzó las guarniciones, fortificó las ciudades; restableció el orden y la disciplina en el ejército; y haciéndoles conseguir varios triunfos, despertó su antiguo valor demostrándoles, que no eran invencibles los tímidos hijos del Norte. Intro-

duciendo como sagaz político la division entre los godos, logró captarse su amistad de tal manera que de enemigos pasaron á ser amigos, y las armas dirigidas contra Roma volviéronse contra sus enemigos para defenderla. Vencedor tambien de los ostrogodos hasta el punto de haber distribuido aquella gran nacion en diversas colonias por fértiles pero casi desiertos paises de Tracia, Frigia y Libia, triunfando tambien del usurpador Máximo que cinco años antes habia arrancado la vida á Graciano, victorioso lo mismo de los bárbaros que de las civiles discordias, temido de las persas que invocaban su amistad, y amado del pueblo agradecido, entró Teodosio triunfante en Roma, aclamado Emperador por pueblo y senado con epíteto de Grande.

Modesta, piadosa, ejemplo de virtud conyugal y dotada de claro talento y perspicacia, Elia Flacilla era siempre la íntima consejera de Teodosio hasta el punto de que le abandonase este en mucha parte el gobierno del Imperio, pudiendo decirse que la existencia de Teodosio era el reflejo de las virtudes de su esposa. Si en su vida privada era el Emperador modesto y amante del deber; si sabia escoger sus amigos entre los mejores dando los empleos á los que lo merecian sin envidiar el mérito ni olvidar los beneficios; si dedicándose en los momentos de reposo á la lectura de la historia miraba en lo pasado la escuela de lo porvenir; si acabó de esterminar el gérmen de la guerra civil con la moderacion y el perdon, protegiendo á la anciana madre, y educando á la hija de Máximo, y enviando socorros y donativos á las provincias que este habia sublevado; si aseguró el triunfo del cristianismo, siendo el constante defensor de las creencias ortodoxas, debiase todo esto no solo á las buenas dotes que en él brillaban, sino á la influencia de su esposa Flacilla, que constantemente le estaba repitiendo así para aplacar su cólera como para llevarle por la senda del bien: «Considera lo que eres y lo que fuiste.»

Por eso el pueblo conocedor de las altas virtudes de la Emperatriz la profesaba respetuoso amor, hasta el punto de considerarla como un ser escogido por Dios: tan digna esposa como excelente madre,

dirigia y deliberaba escrupulosamente la educacion de sus hijos inspirándoles profundo amor á la justicia y á la virtud; y cuando la pena de su hija Pulqueria apagó la vida en aquel tiernísimo corazón de madre, despues de llevarla el pueblo con sentimiento profundo, veneró su memoria como la de una santa.

Hija de Antonio que fué Cónsul en el año 382, sábase solo que nació en España; aunque se ignora cual es la ciudad, colonia ó municipio que pudiera orgullecerse de haberle servido de cuna. Su muerte acaeció en Esetinio ciudad de la Tracia en 385, habiendo ido á aquel punto para restablecer con el uso de las aguas minerales que en lo antiguo la hacian tan renombrada, su salud perdida.

Conducido el cadáver de la virtuosa Emperatriz á Constantinopla fué recibido por el pueblo con las demostraciones del duelo mas profundo, colocándose en el Senado su estatua entre las de Teodosio y las de Arcadio. ¿Y cómo no habian de demostrar su dolor cuando Flacilla inspirada en las máximas de la religion cristiana, no solo era la que inspiraba las mejores acciones de Teodosio, sino la que llevando el consuelo á los pobres y á los desvalidos les visitaba en sus propias casas, los conducia á los hospitales, los curaba con sus propias manos, los alimentaba y los socorria, esparciendo por todas partes como santo rocío los beneficios de su bendita caridad?

Si Teodosio alcanzó el epíteto de Grande, justo es que la historia escriba siempre al lado del Emperador el nombre de la Emperatriz, que tanto contribuyó á que lo mereciese; justo es que á la española Flacilla se le conceda el digno recuerdo á que le hicieron acreedora sus virtudes, como esposa, como soberana, como cariñosa y digna madre de sus hijos, como madre tambien de sus pueblos.

Flacilla, comprendiendo la gran mision que la muger está llamada á llenar como compañera del hombre, y mas si la Providencia la coloca en las altas gerarquías del poder, no solo se hizo acreedora á las bendiciones de sus contemporáneos, sino á la admiracion de la posteridad.

¡Ojalá su ejemplo sea constantemente seguido, y encuentre imitadoras en todas las esferas sociales!